

# Crónica

## 80 Aniversario del natalicio del maestro Aballí

### Entrega del Premio "Aballí" de 1960

Por el DR. CARLOS HERNANDEZ MIYARES

Acaba de cumplirse el día 1º del presente mes de octubre un aniversario más del natalicio del profesor Aballí, y con ese motivo, y como ha venido haciendo desde su deceso, la Sociedad celebró la Sesión Especial dedicada a honrar la memoria del maestro desaparecido.

Como es costumbre se aprovechó esa fecha y la Sesión Especial conmemorativa para hacer entrega del PREMIO "ABALLÍ" DE 1960, que según lo dispuesto en las Bases del mismo, se otorga al mejor trabajo de pediatría que se publique en Revistas o en forma de Monografías durante el año, y que consiste en la entrega de un Diploma y la suma de cien pesos donados por la Sociedad y una Medalla de Oro donada por la viuda del profesor Aballí y sus hijos.

La Sesión Especial se desarrolló con arreglo al siguiente

#### P R O G R A M A

- 1.—Aballí al través de mis recuerdos. Discurso del *Dr. Julio Cabrera Calderín*.
- 2.—Entrega del PREMIO "ABALLÍ" DE 1960. Palabras por el Presidente de la Sociedad Cubana de Pediatría, *Dr. Enrique Galán Conesa*.
- 3.—Imposición de la Medalla de Oro donada por la viuda del Profesor Aballí.

## CRONICA

al triunfador la Medalla de Oro que dona la familia del Maestro; así como evocando la memoria de su vida ejemplar para que sirva de guía y orientación a las juventudes estudiosas.

Este año el Premio y la Medalla le han correspondido al trabajo que con el título de "Vacunación antipoliomielítica oral en niños cubanos, con virus atenuados. Estudio clínico y serológico", presentaron los doctores Juan Embil Jr., Prof. Agustín Castellanos, Reinaldo Martín Jiménez y Luis Gervais, distinguidos y prestigiosos compañeros a cuyos éxitos en el campo de la investigación estamos ya acostumbrados.

La otra parte de la velada debió recaer, como en años anteriores, en profesores o amigos del Maestro como el Prof. Pedro Kourí y el Dr. Augusto Fernández Conde (1954), Dr. Frank Canosa (1955), Gilberto Hedesa (1956), Octavio Montoro (1957), Amador Guerra (1958) y el Prof. Alberto Inclán (1959), que con sus excepcionales condiciones de talento pudieron situarse a la altura de la labor confiada. Y, sin embargo, este año no ha sido así. La insistencia amable y cariñosa de dos buenos amigos y compañeros, el Dr. Galán Conesa, Presidente actual de la Sociedad Cubana de Pediatría, al que me unen estrechos lazos de fraterna amistad y del Dr. Carlos Hernández Miyares, Secretario por muchos años de la Sociedad, mi compañero de aulas universitarias y al que me liga también una amistad tejida al través de más de 35 años de diario trato, así como mi veneración por el Maestro Aballí, al que siempre admiré y consideré como a mi Padre espiritual, me han impulsado a participar en el Programa de esta noche, confiando más en vuestra benevolencia para juzgar mi esfuerzo que en las propias condiciones, y tratando de suplir la pobreza de mi exposición con el cariño y sentimiento que pongo al referirme al Maestro a través de mis recuerdos.

Como ustedes saben por haberlo expuesto ya en otra oportunidad, inmediatamente después de graduado comencé mi dedicación a la Pediatría. Influyó decisivamente en esta determinación la admiración que me inspiró el Profesor Aballí desde que de alumno oía sus conferencias en el Hospital Nuestra Sra. de las Mercedes. Graduado en el año 1927, el ambiente acogedor del servicio de niños de la Cátedra de Patología y Clínica infantiles me atrajo, donde tuve la suerte por invitación del propio Dr. Aballí de iniciar mis primeros pasos en la especialidad y establecer los primeros contactos con él, comenzando así una amistad que sólo la desaparición del maestro acaecida en julio de 1952 pudo interrumpir. Durante todo este tiempo estuve estrechamente vinculado a él.

Al principio, en el Hospital Mercedes, nuestras relaciones eran las naturales entre profesor y alumno. El gran respeto que su recia personalidad me inspiraba me mantuvieron durante los primeros años un tanto a distancia de él, pero poco a poco la situación política imperante en nuestro país por aquel entonces nos obligó a aproximarnos y a una colaboración más cercana. Fue con motivo de la clausura universitaria dictada por las autoridades de la nación, que el Maestro me llamó para que me hiciera cargo de la dirección del servicio mientras durara la ausencia de los profesores que con la clau-

sura habían sido desplazados de sus posiciones, y al efecto me dió una serie de instrucciones entre las cuales figuraba la de visitarlo en su oficina periódicamente para informarle y además tantas veces cuantas yo tuviera necesidad de consultarle algún problema relacionado con el servicio.

Estas circunstancias me obligaron a tratarlo personalmente con frecuencia, bien fuera para darle cuenta de la marcha general del servicio o para consultarle en relación con algún caso difícil que se presentara o para que nos interpretara las placas de Rayos X, pues por aquel entonces el radiólogo que teníamos Dr. Prats, reclamado por las autoridades sanitarias superiores pasó a otro Departamento y yo me ví de buenas a primeras con la responsabilidad de informar las placas del Servicio sin tener conocimientos, y Aballí dándose cuenta de ello, se echó encima la labor de interpretarlas e informarlas, asegurando así con su generosidad la continuación de un departamento cuya necesidad en un Dispensario no es necesario encarecer. Por esta época viéndolo tan preocupado porque el servicio que él fundara y que prestaba atención a tantos niños pobres, no se interrumpiera a pesar de la obligada ausencia de los profesores, fue que comencé a aquilatar sus altos valores morales, su bondad infinita, su profunda comprensión humana y la honestidad de sus principios.

Del Hospital Mercedes pasamos al Hospital Municipal de Infancia, creado por su iniciativa, al comenzar éste sus labores en 1935, él en calidad de Presidente de la Comisión Técnica y Director científico y yo de médico de visita, jefe de la Sala C. Allí comenzamos a trabajar un número crecido de pediatras, procedentes unos del servicio del Mercedes y otros de distintos servicios, y como sucede siempre en casos análogos, conservamos y acrecentamos nuestras antiguas vinculaciones.

Aballí asistía regularmente al Hospital donde organizaba el trabajo, evacuaba consultas, supervisaba su funcionamiento y dictaba sus clases en la Sala C, cosa que hacía diariamente y con gran entusiasmo, con la colaboración que el Dr. Labourdet y yo le prestábamos preparándole los casos. Aquella Sala se colmaba de alumnos y médicos —algunos procedentes de localidades cercanas— que atraídos por el inmenso prestigio del Maestro venían a renovar sus conocimientos oyendo las magistrales lecciones, siempre llenas de sabor didáctico, que dictaba y en las cuales sintetizaba los últimos aportes de la ciencia.

Al terminar, mientras se reponía de la fatiga, pues sus clases eran movidas y se prolongaban a veces hasta 1½ horas, se hilvanaban diálogos y comentarios en relación con algún tema médico de actualidad o sobre algún caso clínico, pues siempre éstos le atraían porque como solía decir con frecuencia "La medicina siempre es y será interesante porque cada enfermo plantea problemas distintos que obligan al médico a ejercitar su mente".

Estas memorables tertulias que tenían lugar después de la clase, en las que Aballí dejaba caer de vez en cuando algunas gotas de humorismo que las hacían más amenas y atractivas, nos ofrecían la oportunidad de plantearle nuestras dudas que él con su generosidad proverbial y amplia

## CRONICA

cultura médica nos ayudaba a resolver con sabios consejos, dejando en nuestro ánimo la sensación de tranquila serenidad propia del que sabe que ha agotado todo lo humanamente posible en favor del enfermo.

Los viernes asistíamos a los staff meetings del Hospital cuyas sesiones él presidía con gran entusiasmo y a las cuales imprimió un rigor científico extraordinario. El prestigio que llegaron a alcanzar estas reuniones bajo su rectoría, fue tan grande que se hicieron famosas. La concurrencia era siempre numerosa y asistían no sólo los médicos del Hospital, sino también médicos de la ciudad y aún de las poblaciones vecinas deseosos de participar en aquellos eventos de tanta enseñanza. Innecesario es decir que el factor decisivo de este éxito lo era el propio Dr. Aballí, cuya gran preparación le permitía intervenir en todos los debates aportando el caudal inagotable de su gran experiencia. Jamás han podido ni siquiera igualarse aquellas magníficas reuniones científicas que son siempre recordadas como la época de oro del Hospital Municipal de Infancia.

A fines de 1939 fui nombrado a propuesta de la Comisión Técnica, director-administrador del Hospital. Aballí continuaba en la dirección técnica. Ambas labores tan íntimamente ligadas acabaron de consolidar nuestra amistad.

Aballí llegaba al Hospital alrededor de las 10:30 a.m., iba directamente a la dirección donde mientras nos servían café, estudiábamos los problemas. Había que ver el cuidado con que lo hacía y el interés que ponía en ello. No había asunto en el Hospital que no considerara y diera adecuada solución, después subía a la sala C, explicaba su lección y bajaba. Los sábados teníamos reunión de la Comisión Técnica. En ellas llevaba siempre la voz cantante y a pesar de las dificultades que a veces se presentaban con las autoridades municipales superiores que no siempre comprendían sus puntos de vista, siempre encontraba la solución apropiada sin que se comprometieran los principios generales que normaban la Institución.

A veces las dificultades surgían dentro de la propia organización y Aballí con su gran espíritu justiciero lograba resolverlas aún cuando para ello tuviera que rozar sus propios sentimientos. Recuerdo al efecto algunos casos. En cierta ocasión fueron señaladas en el Hospital algunas dificultades atribuidas a uno de los departamentos principales. La gravedad del hecho motivó una amplia investigación que reveló que las dificultades surgían como consecuencia de las irregularidades en el horario de trabajo de la Sala que señalaba el hecho. Se dictaron las medidas oportunas para evitar en lo sucesivo la repetición de hechos semejantes y al propio tiempo se establecieron las sanciones correspondientes, no obstante la firma que calzaba la queja.

En otra oportunidad un distinguido y hábil compañero difirió sin razón el cumplimiento de una indicación lo que colocó a una enfermita en grave riesgo de su vida. Aballí con su gran autoridad intervino felizmente en el momento oportuno y la niña salvó la vida milagrosamente. El compañero responsable adoptó sin titubeos la conducta digna que aquel caso lamentable demandaba, pero los intereses políticos y las pasiones intervinieron tratando

de desviar la adecuada solución ofrecida. Fue éste, creo, el más grave y lamentable problema que confrontamos durante mi estancia en la dirección.

Hubo que librar una recia batalla, en defensa de los más elevados y nobles principios de la ética profesional. El Maestro con la autoridad moral que tenía por su inmaculada probidad profesoral señaló el camino único a seguir. Al fin tras 6 meses de espera se arribó a la solución. He dicho que aquella fue una recia batalla. Sólo un hombre que reuniera en su persona tantas cualidades como Aballí, pudo librarla con éxito.

Terminadas las labores hospitalarias nos íbamos a almorzar, a veces a las 3 p.m. y 4 p.m. Hombre de gran resistencia física, no sentía el cansancio y sólo cuando su buen apetito le daba la señal, almorzaba. Durante estos almuerzos hablábamos amigablemente de los más variados temas, pues su gran cultura lo hacía ameno e interesante en todos los terrenos. Después nos separábamos.

Algunas tardes nos reuníamos en su consulta donde yo le ayudaba en algún trabajo o lo acompañaba en sus visitas, siempre numerosas.

Los domingos y días festivos los pasábamos juntos en alguna de sus fincas, casi siempre en la Vaquería en la que nos dedicábamos a inspeccionar el ordeño, calcular el pienso, curar a algún animal, etc., etc. En todas estas labores era un verdadero experto y había que ver el ingenio y la habilidad con que hacía caer a algún animal cuando era necesario para curarlo. Sólo en la parte comercial fallaba, pues a fin de mes aquel negocio en el que había invertido un gran capital, con animales de primera, libres de enfermedad, con una alimentación perfectamente balanceada, condiciones higiénicas impecables, etc., etc., era incosteable como diríamos hoy y siempre le daba pérdidas. El lo sostenía, no obstante, porque como me decía con frecuencia era su hobby...

Una buena parte del tiempo lo dedicábamos también a los gallos finos que le gustaba criar, aunque generalmente no los veía pelear. El Dr. Falcón y yo los cuidábamos después y los llevábamos al club donde los peleábamos. La suerte no siempre nos acompañaba, pero cuando lo hacía siempre teníamos la precaución de haberlo *llevado en la coima*. Del resultado de estas peleas siempre estaba muy al tanto llevando los libros correspondientes en donde figuraban la genealogía de las aves que nos entregaba. Al mediodía después de haber trabajado más que si nos hubiéramos quedado en La Habana, almorzábamos. Siempre teníamos algún plato especial que la hábil cocinera confeccionaba apetitosamente con los ingredientes que temprano, antes de partir, adquiríamos y le llevábamos. Siempre recuerdo que compraba también plátanos machos bien maduros y se los ponían en las cercas a los sinsontes y se recreaba viéndolos comer.

Después de almuerzo en lugar de tomarnos un descanso que a veces el cuerpo nos pedía, montábamos a caballo, él en un excelente potro árabe moro, yo en un bonito caballo retinto, y salíamos a pasear. De regreso volvíamos a la Vaquería, veíamos el segundo ordeño, y ya bien entrada la tarde, regresábamos, quedándose él unas veces en la finca Las Mulas, de Calabazar, y otras seguíamos juntos hasta la Habana.

## CRÓNICA

Finalmente tras un encantador y a veces agotador día de campo, nos separábamos para encontrarnos a la mañana siguiente en el Hospital y reanudar la faena.

Cuando en el año 1946, con la salud un tanto quebrantada, fui sustituido en la Dirección del Hospital, me trasladé al extranjero siguiendo sus consejos en busca de la salud perdida. Su apoyo y asistencia en aquellos momentos difíciles para mí, nunca los podré olvidar. Nuestra amistad se conservó inquebrantable a través de una animada correspondencia llena de frases de aliento y cariñosos consejos paternales.

A mi regreso después de seis meses en el extranjero, ya restablecido, lo encontré convaleciendo de una fisura vertebral que sufrió al caerse en el baño. Nuestra vieja amistad recobró su ritmo. Por aquel entonces su salud comenzó a dar señales cada vez más evidentes de deterioro. El me dispensó el favor inmerecido de escogermme para que lo atendiera como médico. Al principio yo me resistí a asumir tal responsabilidad, pero requerido insistentemente, acepté cumplir mi cometido brindándole mis mejores esfuerzos. El, agradecido y obediente cumplía fielmente las indicaciones sin discutir las, y con su espíritu refinado, correspondía tratando siempre de mostrarme su complacencia, comentando con frases halagadoras la corrección de nuestros juicios y la eficacia de las drogas seleccionadas.

Algunas veces sintiéndome agobiado porque el Maestro se nos iba, sollicité el concurso de otros compañeros. El, siempre disciplinado, aceptaba a regañadientes, pero se negaba a cumplir las indicaciones hasta que lográbamos convencerlo de que eran nuestras. Así, nuestra amistad, estrecha e íntima se conservó hasta el aciago día en que nos abandonó, dejándonos un recuerdo imperecedero que con el andar del tiempo se ha convertido en algo así como una religión, en cuyo seno nos refugiamos y encontramos apoyo cuando las fuerzas nos flaquean.

Como ustedes habrán podido apreciar por lo que llevó dicho, mis relaciones con Aballí fueron más que relaciones de profesor a alumno, relaciones de Maestro a discípulo, y relaciones de auténtica amistad en el más cabal y profundo significado de esta palabra.

Yo lo veneraba, respetaba y quería, siempre guardé la natural distancia entre los dos. El me comprendía y dispensaba su afecto. El trato diario nos aproximó e hizo que nos conociéramos íntimamente, y así surgió y se consolidó una amistad cuya limpidez jamás logró empañar el más leve incidente, como que estaba formada por las más finas esencias de nuestros mejores sentimientos.

Ahí tienen ustedes, señoras y señores, en visión amplia y panorámica, una síntesis apretada de mis relaciones con el Maestro.

Hombre de dimensiones extraordinarias en el que se aunaron armónicamente capacidad inagotable para el trabajo, riqueza de ideas, inigualable preparación científica y grandeza de alma única, no admite pormenorizaciones y detalles que por lo demás pudieran carecer de interés para los que me oyen, aunque para mí muchos encierran magníficas enseñanzas.

Esta noche al evocar su memoria querida renovamos nuestra fe en el Maestro que nos legó con su vida ejemplar dedicada al servicio de la humanidad, la más elocuente de sus lecciones y una fuente inagotable de inspiración...

Una vez que el Dr. Cabrera Calderín hubo de terminar la lectura de su Oración "Aballí al través de mis recuerdos", se procedió a hacer entrega del PREMIO "ABALLÍ" DE 1960. El Presidente de la Sociedad, Dr. Galán puso en manos del Dr. Juan Embil Jr. en representación de los autores del trabajo premiado el Diploma acreditativo de haber obtenido el Premio. Seguidamente la hija del desaparecido Maestro, Sra. Corina Aballí de Castro Montejo impuso al propio Dr. Embil la Medalla de Oro que dona cada año la familia Aballí.

El trabajo que mereció el veredicto favorable del Jurado Calificador lleva por título "Vacunación antipoliomielítica oral de niños cubanos con virus atenuados. Estudio clínico y serológico", figurando como autores el Dr. Juan Embil Jr., el Prof. Agustín Castellanos y los Dres. Reinaldo Martín Jiménez y Luis Gervais.

Con un exquisito Buffet servido a la concurrencia se puso término a esta Sesión Especial con que cada año la Sociedad Cubana de Pediatría rinde tributo de admiración y respeto a quien fuera el fundador de la escuela pediátrica cubana.